

Huellas de la Disputa en la cultura europea

Emilio TORNERO POVEDA
(Universidad Complutense de Madrid)

A la memoria de D. Fernando de la Granja

Es punto obligado la comparación del hombre con el animal a la hora de ver “el puesto del hombre en el cosmos”. ¿Qué lugar ocupa el hombre en la escala de los seres vivos?

A este debate ha contribuido un precioso cuento o apólogo árabe, cuyos ecos parecen percibirse en Pico de la Mirandola, Erasmo y Montaigne, según trataré de mostrar.

Este apólogo árabe recibe el título de *La disputa de los animales contra el hombre*¹, y su contenido versa sobre si el hombre es superior a los animales y puede considerarse y actuar como rey y señor de todos ellos. Se debate esto ante el justo y ecuaníme rey de los Genios, que habita en una isla en medio del Mar Verde, en el Ecuador. Dicho rey invita al hombre a que presente pruebas de su pretensión y éste aduce como motivos de superioridad, entre otros, su hermosa figura, agudeza de sentidos, racionalidad, múltiples ciencias, vestidos, vida lujosa, religiones, instituciones sociales y políticas, etc. Los distintos delegados de las diversas especies de animales van rebatiendo una por una las pruebas presentadas por el hombre hasta que finalmente presenta éste la prueba que le da la victoria y que es la de la resurrección, prometida por Dios al hombre y no al animal.

La superioridad del hombre queda demostrada y reconocida como tal por todos los animales. Pero si nos fijamos, no sale realmente bien parado el

¹ Cfr. mi traducción de esta obra en E. Tornero Poveda, (traductor), *La disputa de los animales contra el hombre*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1984, edición agotada que espero reeditar próximamente. (En adelante citada por *Disputa árabe*).

hombre en la Disputa, pues su victoria no se debe a un motivo intrínseco a su constitución y a su ser, sino a algo exterior a él, a una resurrección que le es concedida graciosamente, desde fuera. El hombre en sí, en su constitución y tal como es, no tiene ningún motivo de superioridad, pues todas sus pruebas han sido rebatidas y demostrada su falsedad, es decir que la conclusión de la obra ha sido positiva para el hombre, pero no lo ha sido en su desarrollo.

Este apólogo nos aparece dentro de una especie de gran enciclopedia del saber que son las *Rasa' il Ijwan al-Safa'*, o *Epístolas de los Amigos Sinceros*, obra de un grupo islámico de tendencia *si'i*, *isma'ili*, del siglo X, que comprendía el saber de su época en estas epístolas².

El conocimiento y difusión en Europa de la obra árabe se realizó a través de la “adaptación” que de ella hizo Anselmo Turmeda³ al publicar en 1417, en catalán su *Disputa del asno*⁴, obra en la que Turmeda aprovechó ampliamente la Disputa árabe para componer la suya.

La obra de Turmeda tiene características propias que la distinguen de la árabe⁵, pero en lo que aquí ahora nos interesa coincide básicamente, por un

² Cfr. *Rasa' il Ijwan al-Safa'*, 4 v. Beirut, 1957. El texto árabe de la Disputa ocupa las páginas 203-377 del v. II. Las Epístolas ofrecen una amalgama ecléctica de conocimientos filosóficos de influencia hermética y neoplatónica con abundantes préstamos del mundo iranio e indio, todo ello islamizado. Tal vez en concreto este cuento proceda de ese mundo iranio, como apuntan algunos investigadores, aunque sin presentar ninguna prueba. Cfr. sobre el pensamiento de estos autores: I. Marquet, *La Philosophie des Ihwan al-Safa'*, Argel, 1975.

³ Fraile mallorquín converso al Islam con el nombre de 'Abd Allah y que tras su conversión pasó a vivir a Túnez, donde murió hacia 1424. Es uno de los primeros autores de las letras catalanas y compuso no sólo obras en catalán sino también alguna en árabe, como la *Tuhfa*, una polémica contra el Cristianismo, todavía conocida y leída hoy en el mundo árabe. Para la biografía de tan interesante figura véase Mikel de Epalza, *Fray Anselm Turmeda ('Abdallah al-Taryuman) y su polémica islamo-cristiana*, Madrid, Hiperion, 2ª ed., 1994, 11-25.

⁴ La obra en catalán no existe hoy en día. A su pérdida, sin duda, habrá contribuido el hecho de que fuera prohibida por la Inquisición. Existe, sin embargo, una traducción francesa publicada por primera vez en Lyon en 1544. Cfr. su reedición en *Disputation de l'asne*, ed. Foulché-Delbosc, *Revue Hispanique*, t. XXIV, núm. 66, París, (1911), 358-479. (Será ésta la edición que citaré por “Disputa de Turmeda”) Nuevamente editada a cargo de A. Llinares, A. Turmeda, *Dispute de l'Ane*, París, J. Vrin, 1984. De la versión francesa existen varias retroversiones al catalán. Cfr. por ejemplo A. Turmeda, *Disputa de l'ase*, ed. M. Olivari, Barcelona, El Nostres Clàssics, 1928, reimpresión, 1985.

⁵ Las más llamativas son los cuentos a propósito de los pecados capitales, ilustrados con el proceder de los frailes. También llama la atención, con relación a la Disputa árabe, la razón definitiva por la que el hombre se muestra superior al animal, concretada aquí en la encarnación de Cristo en el hombre y no en el animal. La comparación entre ambas Disputas es el trabajo que realizó en su día M. Asín Palacios, *El original árabe de “La disputa del asno contra Fr. Anselmo Turmeda”* en *Estudios de Filología Románica*, Madrid, 1914, reimpreso varias veces, por ejemplo en sus *Huellas del Islam*, Madrid, 1941, 113-160.

lado, con el tema debatido en la árabe, esto es, la superioridad o no del hombre sobre los animales y, por otro, con la exposición y crítica de muchas de las pruebas aducidas, siendo éste el motivo por el que los autores europeos mencionados echaron mano, o tuvieron en cuenta, esta Disputa, bien en catalán o bien en su traducción francesa, al comparar al hombre con el animal.

Pico de la Mirandola: *De la dignidad del hombre*⁶

La dignidad del hombre es lo que mueve a Pico de la Mirandola a recurrir a la Disputa, situándose, por consiguiente, en una valoración positiva a la hora de entender su mensaje. El hombre es superior al animal, según él por otros motivos que los aducidos en la Disputa, asunto en el que no entramos, y de ahí su dignidad.

Tal vez, por ello, inicia su célebre discurso *De la dignidad del hombre*, escrito en el año 1486, de esta manera:

Tengo leído, Padres honorabilísimos, en los escritos de los árabes, que Abdalah sarraceno, interrogado qué cosa se ofrecía a la vista más digna de admiración en este a modo de teatro del mundo, respondió que ninguna cosa más admirable de ver que el hombre.⁷

¿Quién es este “Abdalah sarraceno” y a qué “escritos de los árabes” se refiere Pico? .

Recordemos en primer lugar que Abdalah (‘Abd Allah) es precisamente el nombre árabe que adoptó Turmeda al convertirse al Islam.

Veamos ahora este otro texto del discurso de Pico, que sigue casi inmediatamente a las líneas acabadas de citar, en el que parecen resonar algunas de las pruebas de superioridad aportadas por el hombre en la Disputa y que tampoco a Pico le convencen:

Revolviendo yo estos dichos y buscando su razón, no llegaba a convencerme todo eso que se aduce por muchos sobre la excelencia de la naturaleza humana,

⁶ La posible influencia de la Disputa en Pico la traté ya en “Turmeda y Pico de la Mirándola”, *Al-Qantara*, 5 (1984), 473-475. Recojo aquí lo que dije allí.

⁷ Cito la traducción de L. Martínez Gómez. Cfr. Pico de la Mirándola, *De la dignidad del hombre*, Madrid, Editora Nacional, 1984, 103.

a saber, que el hombre es el intermediario de todas las criaturas, emparentado con las superiores, rey de las inferiores por la perspicacia de sus sentidos, por la penetración inquisitiva de su razón, por la luz de la inteligencia...⁸

Que el hombre sea rey de las criaturas inferiores por su razón es lo que se esperaría, pero que sea rey por la perspicacia de sus sentidos no es una cosa tan clara, más bien se habla de la gran agudeza de los sentidos de los animales, en muchísimos casos muy por encima de los sentidos del hombre. ¿Por qué, entonces, comienza Pico mencionando los sentidos del hombre?. Observemos que, tanto en la Disputa árabe como en la de Turmeda, una de las primeras pruebas de superioridad que el hombre enumera, antes de pasar a hablar de la superioridad de su razón, es la agudeza de sus sentidos⁹.

Casi a continuación de la cita anterior, sigue diciendo Pico del hombre que es

un poco inferior a los ángeles en palabras de David¹⁰

cosa que dice también Turmeda en su última y concluyente prueba de la superioridad del hombre¹¹.

Considero, pues, por estos indicios, bastante probable que Pico haya leído y tenido en cuenta la obra de Turmeda a la hora de escribir su discurso. No parece verosímil que haya leído directamente la obra árabe, ni tampoco la traducción hebrea de la obra árabe realizada en el siglo XIV por Qalonymos b. Qalonymos, pues esa atribución a Abdalah parece revelar que se está refiriendo a Turmeda.

El que Pico no cite el nombre de Turmeda podría obedecer a un desconocimiento, o tal vez a una intención expresa de no mezclar el nombre de un apóstata en este discurso suyo que fue concebido como un prólogo a las 900 tesis que pretendía defender en Roma.

Por otro lado, el citar autores y escritos árabes podría considerarse un recurso retórico para suscitar la atención y la admiración de los oyentes, dado el prestigio que los autores árabes tenían durante, y aun después, de la Edad Media.

⁸ *Ibid.* 103.

⁹ Cfr. Disputa árabe, 37-39; Disputa de Turmeda, 379-385.

¹⁰ Pico, 103-104. Cfr. *Salmo VIII*, 6.

¹¹ Disputa de Turmeda, 477.

Erasmus: *Elogio de la locura*

También Erasmo en su *Elogio de la locura*, dedica unas brevísimas referencias comparativas entre el hombre y los animales¹².

Pone frente a frente a la naturaleza y al instinto seguido por los animales, que les proporciona felicidad y contento, y a la razón y las ciencias, propias del hombre, que “no sirven, en efecto, para alcanzar la felicidad”¹³, e insiste en este mismo asunto:

¿Es que no veis que los demás seres con vida son más felices cuanto más lejos se hallan de las ciencias, y sólo tienen por maestra a la naturaleza?
¿Qué más feliz y más admirable que las abejas? Pues ni siquiera tienen todos los sentidos del cuerpo. ¿Se podría descubrir una arquitectura semejante a la suya en la construcción de los edificios? ¿Estableció alguna vez un filósofo Estado semejante?¹⁴

Reparemos en esa observación a propósito de las abejas de que no tienen todos los sentidos del cuerpo. De nuevo tenemos este destacar el tema de los sentidos en la comparación del hombre con los animales.

A continuación menciona Erasmo al caballo, que por estar en íntima conexión con el hombre, participa también de sus desdichas, tema que como el traductor señala está tomado de Horacio, e inmediatamente sigue lo siguiente:

Mucho más aceptable es, sin duda, la vida de las moscas y de las aves que viven a sus anchas, sólo guiadas por el instinto.¹⁵

No deja de tener un tanto de extrañeza esta mención de las abejas en el texto citado anteriormente y, sobre todo, de las moscas, en el texto último, como ejemplo de animales felices. La mención de las abejas es más comprensible al mencionarlas a propósito de la admirable construcción de sus edificios, pero la mención de las moscas es bastante sorprendente.

Pues bien, la tercera prueba que aduce Turmeda respecto a la superioridad del hombre sobre los animales es la sutilidad de su entendimiento, po-

¹² Cfr. Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura*, trad. de P. Rodríguez Santidrián, Madrid, Alianza, 1996, 71-74, correspondiente a parágrafos 32-34.

¹³ *Ibid.*, 71.

¹⁴ *Ibid.*, 73-74.

¹⁵ *Ibid.*, 74.

seer diversas ciencias, tener prudencia y buen consejo para gobernarse, etc.¹⁶, a lo que responde el asno con que, sin mencionar animales grandes y notables, aun en los más pequeños hay un mayor saber, sutilidad y prudencia que en los hombres¹⁷ y cita acto seguido a las abejas de esta manera : “abeilles ou mousches a miel” , y luego a las “mousches guespes”¹⁸, describiendo con detenimiento las construcciones y gobierno de las abejas. No se dice nada aquí, sin embargo, de que las abejas estén faltas de sentidos, pero la prueba de superioridad anterior citada por Turmeda versa sobre los sentidos del hombre, y se dice respecto de los animales, que no les han sido concedidos a ellos estos sentidos “ni tan cumplidos ni tan perfectos”¹⁹. Luego, en la respuesta del asno a esta pretensión cita éste entre otros animales a varias aves y dice de las golondrinas que emigran y vuelven sin errar el camino, cantando y con gran alegría y otro tanto dice de tórtolas, cigüeñas y grullas²⁰.

Por tanto, aves, abejas y moscas, mencionadas por Erasmo, aparecen en la segunda y tercera prueba de Turmeda. Por moscas, en Turmeda se entiende, como hemos visto, abejas y avispa, pero en Erasmo son simplemente moscas. Tal vez la explicación mejor de esta insólita mención de las moscas se entienda desde este texto de Turmeda. Erasmo se ha fijado, o sólo le ha quedado en la memoria lo de las moscas²¹.

En resumen, si mi suposición no es errónea parece como si Erasmo hubiera tenido delante, o acabado de hojear, estas páginas de la Disputa de Turmeda, al redactar estas breves notas comparativas entre el hombre y los animales.

Montaigne: *Ensayos*

Apología de Raimundo Sabunde

El capítulo 12 del Libro segundo de los *Ensayos* de Montaigne, titulado

¹⁶ Cfr. Disputa de Turmeda, 385.

¹⁷ Cfr. *Ibid.*, 386.

¹⁸ Cfr. *Ibid.*, 386-387.

¹⁹ Cfr. *Ibid.*, 379.

²⁰ Cfr. *Ibid.*, 384.

²¹ Cfr. Texto latino, parágrafo 34: “*Quanto optabilior muscarum et avicularum vita*”. Sin embargo, la edición de la traducción francesa de la *Disputa* es posterior a la muerte de Erasmo, cabría preguntarse entonces qué términos habría en el original catalán perdido correspondiente a este pasaje.

“Apología de Raimundo Sabunde”²² es, con diferencia, el capítulo más largo de todos los *Ensayos* y constituye en sí mismo un verdadero tratado.

Montaigne había traducido por encargo de su padre, según nos dice al principio mismo de este capítulo, la obra de Sabunde titulada *Teología natural o libro de las criaturas*²³. Por las mismas explicaciones de Montaigne aquí, sabemos que el libro gozaba de un gran predicamento y era utilizado como antídoto de ateísmos y protestantismos. Dicho libro, en palabras de Montaigne, “se propone mediante razones humanas y naturales, establecer y demostrar todos los artículos de la religión cristiana, contra los ateos”²⁴.

Sin embargo, ante las objeciones y burlas respecto a sus argumentaciones, considerándolas muy débiles y faltas de base, reacciona Montaigne, saliendo en su defensa. Éste es, pues, el motivo explícito de la composición de este capítulo.

Defiende Montaigne a Sabunde, en primer lugar, contra aquellos que le reprochan apoyar la creencia religiosa en razones humanas. Montaigne argumenta con que la fe es ciertamente gracia e inspiración divina, pero esto no obsta para que se pueda apoyar también en razonamientos, tratando de ver en la creación la huella de Dios. Recuérdese el título de la obra de Sabunde: *Teología natural o libro de las criaturas*.

Pero la defensa de este punto ocupa pocas páginas. No es eso lo que fundamentalmente va a comentar en este capítulo. La verdadera preocupación de Montaigne es defender a Sabunde frente a aquellos que le critican y se burlan de sus razonamientos considerándolos flojos, no válidos, llegando en su osadía hasta criticar, en nombre de la razón, a la misma religión. La defensa de Montaigne no va a consistir en reforzar o profundizar esos argumentos de Sabunde, ni tampoco en refutar los argumentos contrarios. Nada de eso, se limita a atacar furibundamente la presunción de aquellos que se apoyan en su razón, creyendo que ésta y el hombre son mucho, cuando, en realidad, no son tanto como ellos presumen:

el medio que utilizo y que hallo más adecuado para echar abajo ese frenesí es estrujar y pisotear el orgullo y la soberbia humana; hacerles sentir la inanidad, la vanidad y la insignificancia del hombre; arrancarles de las manos las pobres armas de su razón²⁵

²² Cfr. Montaigne, *Ensayos*, ed. de D. Picazo y A. Montojo, 3 v. Madrid, Cátedra, 1985-1987. El capítulo 12 del libro segundo, “Apología de Raimundo Sabunde” ocupa las páginas 132-343 del v. II.

²³ Sobre Raimundo Sabunde (o Sibiuda) (m. 1436) véase: J. L. Sánchez Nogales, *Camino del hombre a Dios: la teología natural de R. Sibiuda*, Granada, 1995.

²⁴ Cfr. *Ensayos*, II, 134.

²⁵ *Ibid.*, 144.

Este es pues el objetivo principal del capítulo al que dedica sus esfuerzos. Insiste, dentro de su crisis de escepticismo, en la vana presunción del pretendido saber del hombre:

Es la presunción nuestra enfermedad natural y original...²⁶

La peste del hombre es creer que sabe...²⁷

Aunque el hombre posea alguna ciencia, y aun reconociendo Montaigne al principio mismo de este capítulo que ésta es útil y grande, nos avisa de que realmente no depende de ella el hacernos felices, sabios y virtuosos.

En definitiva, el hombre es para Montaigne muy poca cosa, pues así lo resume citando a Séneca al final del capítulo:

¡Oh, qué cosa tan vil y abyecta es el hombre si no se eleva por encima de la humanidad!²⁸

En esta cura de humildad pasa Montaigne a realizar su particular crítica de la razón en la que llama la atención una larga disquisición dedicada a comparar al hombre con los animales. Es comprensible en el contexto en que se halla Montaigne que se le haya ocurrido tal comparación, pero ante una tan morosa y detallada comparación es difícil dejar de pensar en la preexistencia de este tema, monográfico, en la Disputa. Ciertamente, apenas si se ven préstamos literales, pero sí hay puntos muy similares y una misma intención preside ambas comparaciones: la de situar al hombre en su verdadero lugar. El hombre no es superior a los animales, es falsa e imaginaria tal presunción. Una mayor atención a la vida y a la psicología de los animales hace ver que no estamos tan lejanos unos de otros, que formamos parte de la misma familia y que el hombre es uno más del conjunto:

considerando que un mismo señor nos ha albergado en este palacio para servirle y que ellos son, como nosotros, de su familia, hace bien en dotarnos de cierto respeto y afecto hacia ellos...²⁹

No estamos ni por encima ni por debajo del resto...³⁰

²⁶ *Ibid.*, 149.

²⁷ *Ibid.*, 194.

²⁸ *Ibid.*, 343.

²⁹ *Ibid.*, 128.

³⁰ *Ibid.*, 158.

Para las posibles influencias de la Disputa en Montaigne observemos en primer lugar, que la traducción francesa de la Disputa de Turmeda se edita en Lyon en 1544, cuando Montaigne tendría unos once años de edad, por consiguiente pudo fácilmente haberla leído.

Veamos ahora puntos concretos de Montaigne que nos evocan la Disputa, pero tengamos en cuenta que la gran cultura clásica de Montaigne y su propia experiencia le suministran suficiente información sobre la vida y comportamiento de los animales como para no tener que recurrir a la que le ofrecía la Disputa de Turmeda. No se trata pues tanto de buscar préstamos literales o ejemplos concretos, aunque algunos veremos, cuanto de constatar, a medida que observamos más de cerca y en conjunto toda la argumentación de Montaigne, un aire o atmósfera similar y un pasar revista a tantos aspectos que se nos hace sospechosa tal cantidad y profusión.

Montaigne exige al hombre:

que me demuestre mediante el esfuerzo de su razonamiento sobre qué bases ha erigido esa gran superioridad que cree tener sobre las demás criaturas³¹.

Es la misma exigencia que los animales plantean al hombre en la Disputa ante la pretendida superioridad esgrimida por éste³².

La esclavitud a la que el hombre somete a los animales para su servicio, usando y abusando de ellos, es la consecuencia que se saca en la Disputa de esa pretendida superioridad. Ésta le da patente de corso al hombre para hacer con los animales lo que se le antoje. La Disputa se presenta precisamente como un intento de rebelión, de liberación por parte de los animales de dicha esclavitud, pues:

si por comprarnos y vendernos debemos ser vuestros sometidos y esclavos, y vosotros nuestros señores, entonces por semejante razón deben serlo los cristianos y los moros³³.

También Montaigne alude a este tema argumentando igualmente con que los hombres hacen eso mismo entre sí:

Y si algún privilegio queremos sacar del hecho de que podamos cogerlos, utilizarlos y servirnos de ellos según nuestra voluntad, no es sino el mismo privile-

³¹ *Ibid.*, 146

³² Cfr. Disputa de Turmeda, 371.

³³ *Ibid.*, 408. Se refiere a la esclavitud que practican unos con otros.

gio que tenemos unos sobre otros. En esas mismas condiciones están los esclavos³⁴.

Argumenta Montaigne a propósito de la construcción de nidos, madrigueras, telas de araña, etc., así como de actividades de diverso tipo previsoras del futuro y de organizaciones sociales de abejas y hormigas, que todo ello es señal de inteligencia, de la misma manera que ocurre en el caso del hombre³⁵.

También este tipo de comparaciones tiene lugar abundantemente y por doquier en la Disputa. Aunque los ejemplos de ello aducidos en ambos lugares no coincidan, sí observamos que el propósito y la conclusión son idénticos, esto es que hay inteligencia. Incluso tenemos un ejemplo concreto que es citado por Montaigne y por la Disputa: el de la hormiga, que pone a secar los granos de cereales fuera del hormiguero y que roe o parte el grano de trigo porque si no, germina³⁶.

La posibilidad de que los animales, según sus especies, tengan un lenguaje y se entiendan entre sí es comentada por Montaigne³⁷ y aparece también en la Disputa de Turmeda³⁸.

La belleza y armonía del cuerpo humano es citada por Montaigne y por Turmeda como título de superioridad, pero es igualmente relativizada por los dos al ponerla en relación con las distintas especies de animales. Entre los ejemplos puestos por ambos se halla el del camello, sobre cuya figura y constitución se discute³⁹.

Montaigne presenta ejemplos varios de virtudes en animales: gratitud, clemencia, magnanimidad, fidelidad del perro⁴⁰ y del elefante⁴¹, etc., e insiste en que llevan una vida más sosegada, moderada y ajustada a la naturaleza que nosotros⁴². Resume este aspecto diciendo que los animales comparten

³⁴ *Ensayos*, II, 160.

³⁵ Cfr. *Ibid.*, 159-160.

³⁶ Cfr. *Ensayos*, II, 175; Disputa de Turmeda, 387-388.

³⁷ Cfr. *Ensayos*, II, 157.

³⁸ Cfr. 401.

³⁹ Cfr. *Ensayos*, II, 187-189; Disputa de Turmeda, 379.

⁴⁰ Cfr. *Ensayos*, II, 179-180. También se comenta la fidelidad del perro en la Disputa de Turmeda, 463.

⁴¹ Cfr. *Ensayos*, II, 184: "cuentan de un elefante que habiendo matado a su cuidador por un impulso de cólera, sintió pena tan extrema que no quiso comer desde entonces, dejándose morir". En la Disputa de Turmeda, 459, se dice muy similarmente, que cuando muere el palafrenero que lo cuida, el elefante pasa varios días sin comer ni beber.

⁴² Cfr. *Ensayos*, II, 174.

con nosotros lo mejor, esto es, lo más estimable, como la paz, la inocencia y la salud, mientras que por nuestro lado tenemos la inquietud, la ambición, la envidia, la mentira, la guerra, etc.⁴³

Esta contraposición entre animales y hombre, mostrados éstos, en general, como más moderados y virtuosos, es el espíritu que rezuma en todas las páginas de la Disputa, tanto la árabe como la de Turmeda, haciéndose continuas alusiones explícitas a este contraste. Precisamente destacan en este sentido las páginas de Turmeda dedicadas a poner al descubierto los siete pecados capitales entre los considerados los más virtuosos de los hombres, esto es, los clérigos y frailes, mediante unos cuentos muy similares a los del *Decameron* de Boccaccio⁴⁴.

Curar enfermedades, conocer remedios y cosas útiles para la vida es ciencia y saber no sólo del hombre sino también de los animales. Así, cita Montaigne, entre otros varios ejemplos, lo siguiente:

Y cuando vemos cómo las cabras de Candía, si han recibido un flechazo, van a elegir entre un millón de hierbas el dictamo, para curarse; y cómo la tortuga cuando se ha comido una víbora busca de inmediato el orégano para purgarse; cómo el dragón se moja y aclara los ojos con hinojo; cómo las cigüeñas se ponen ellas mismas lavativas de agua marina...⁴⁵

Observemos que en estos ejemplos no ha citado Montaigne a los clásicos, como suele hacer. Pues bien, estos mismos ejemplos están casi seguidos y con ligerísimas variantes en la Disputa de Turmeda:

¿Qué os parece el sentido de la golondrina? Cuando los ojos de sus pequeños se ponen malos, trae inmediatamente una hierba con la que al tocarles se abren al punto y recobran la vista. La hierba se llama celidonia.

¿Qué os parece el sentido de la mustela? Cuando quiere combatir contra la serpiente se envuelve primeramente toda de ruda, y va luego a comer raíz de penicil. Una vez hecho esto va a combatir contra la serpiente. Mira cómo sabe que

⁴³ Cfr. *Ibid.*, 190-19.

⁴⁴ Cfr. Disputa de Turmeda, 425-457.

⁴⁵ *Ensayos*, II, 162. Doy a continuación el texto francés de Montaigne para que pueda compararse con el de la traducción francesa de la Disputa de Turmeda, que daré en la nota siguiente. Montaigne, *Essais*, Livre II, París, Garnier Flammarion, 1969, 129: "Et, quand nous voyons les chevres de Candie, si elles ont receu un coup de trait, aller entre un million d'herbes choisir le dictame pour leur guerison; et la tortue, quand elle a mangé de la vipere, chercher *incontinent* de l'origanum pour se purger; le dragon fourbir et sclairer ses yeux avecques du fenouil; les cigouignes se donner elles mesmes des clysteres à tout de l'eau de marine;"

Obsérvese el uso del término *incontinent*, que aparecerá hasta cuatro veces en la cita siguiente de Turmeda.

dichas hierbas tienen fuerza y valor contra el veneno de la serpiente.

¿Qué os parece el sentido del ciervo? Cuando ve que está herido por la saeta envenenada de algún cazador, al punto va a comer hojas de orobias, sabiendo que sirve de contraveneno.

(Sigue un ejemplo sobre perros y gatos)

¿Qué os parece la cigüeña? En cuanto se siente dura de vientre, va inmediatamente al mar y tomando agua marina con el pico se llena la boca y se la pone por detrás a modo de una lavativa, sabiendo que la lavativa es una perfecta medicina para la dureza de vientre⁴⁶.

Montaigne aquí, sí parece haber tenido delante el texto de la Disputa de Turmeda y se ha limitado a resumir esos ejemplos y a cambiar alguno de los nombres de los animales, pero los ejemplos en sí, son los mismos y a continuación uno de otro.

Tras estos parecidos que he tratado de destacar entre el texto de Montaigne y la Disputa de Turmeda, y otros posibles que un análisis más exhaustivo podría descubrir, estamos en mejor situación para entender la referencia que hace Montaigne al final del capítulo anterior, al hablar de la crueldad para con los animales:

Mas cuando me topo, entre las opiniones más moderadas, con los argumentos que intentan demostrar nuestro cercano parecido con los animales y cuánta parte tienen en nuestros mayores privilegios y con cuánta razón nos emparentan con ellos, en verdad que rebajo mucho nuestra presunción y me despojo decididamente de esa imaginaria superioridad que nos prestan sobre las demás criaturas⁴⁷.

⁴⁶ Disputa de Turmeda, 460-461: “Que vous semble du sens de l’Arondelle, laquelle si les yeux estoient creuez a ses petitz, apporte *incontinent* une herbe de laquelle touchant les yeulx de ses petitz, les ouurent *incontinent* et recourent la veue, et est appellée ceste herbe Chelidonia.

Que vous semble du sens de la Mustelle? laquelle quand elle veult combatre contre le serpent elle s’envelope premierement tute de Rue, et apres va manger de la racine de Pennical: et cela faict, elle va combattre contre le serpent: et voyla comme elle sçait que les dictes herbes ont force et valeur contre le venin de serpent.

Que vous semble du sens du Cerf? que quand il voyt qu’il est blecé par quelque chasseur de quelque sagette enuenimée, *incontinent* il s’en va manger des feuilles de orboys, sçachant que elle vault contre venin.

.....

Que vous semble de la Cygoigne? laquelle *incontinent* qu’elle se sent dure du ventre s’en va à la mer, et prenant de leau de la mer avec le bec s’en emply la bouche, et la met par derriere en maniere de clystere sçachant que le clystere est parfaicte medecin à dureté de ventre”.

⁴⁷ *Ensayos*, Libro II, 130.

¿No estará señalando Montaigne con estas opiniones y argumentos, además de a las fuentes de la Antigüedad Clásica, a las que continuamente cita, a la Disputa de Turmeda? Ésta lleva como subtítulo: “Sobre la naturaleza y la nobleza de los animales”⁴⁸, destacándolos, pues, de una manera positiva tanto aquí como en el curso de la obra, según señalábamos.

En resumen, creo que tenemos bastantes indicios para probar que Montaigne ha leído, ha tenido en cuenta, la Disputa de Turmeda, a la hora de componer su “Apología de Raimundo Sabunde”, y en último término, aun cuando no pueda probarse fehacientemente tal hecho, para todo lector de la Disputa, la árabe y la de Turmeda, le será imposible desechar la sospecha de que tal cosa haya ocurrido⁴⁹.

⁴⁸ Cfr. Disputa de Turmeda, 360.

⁴⁹ Es lo que le sucedió a Severo Díaz, previamente lector de mi traducción de la Disputa árabe, cuando leyó a Montaigne. A él le agradezco me llamase la atención sobre este asunto.